

SUMARIO.

TEXTO.—Crónica general, por D. José Fernández Bremón.—Nuestros grabados, por D. G. Reparaz.—Las Cantigas del Rey Sabio (continuación), por D. M. Menéndez y Pelayo, de la Real Academia Española.—La Reina Margarita, por Clarín.—Campesinas. En el carrilón, por D. Alfonso Pérez Nieva.—En familia, poesía, por don José Jackson Veyan.—Resurrexit, por D. Álvaro L. Nuñez.—Por ambos mundos, por D. R. Becerro de Bengoa.—Libros presentados a esta Redacción por autores ó editores, por G. R.—Sueltos.—Anuncios.

GRABADOS.—Retrato del Excmo. Sr. D. José Lachambre y Domínguez, general de división, gobernador militar de Santiago de Cuba. Retratos de Máximo Gómez, Guillermo Moncada (*Guillermo*), José Martí, Antonio Maceo y Juan Gualberto Gómez, principales jefes de la revolución cubana.—El Carnaval en Madrid: *Bambalitos sevillanos*, comparsa andaluza.—*Anapolas y girasoles*, carroza del Excmo. Sr. Vizconde de Iruete.—*A la batalla de flores*, dibujo de Méndez Brinca.—Madrid: Fiesta de Beneficencia celebrada en el Retiro el martes de Carnaval.—Bellas Artes: *Después del baile*, cuadro de Vallón.—*El complot*, por A. Fairfax Muckley.—La embajada marroquí en Madrid: El Hach-Ab-el-Krim-Brisha, embajador extraordinario de S. M. Jeriflan.—Abd-el-Krim ben Sliman, secretario de la Embajada.—Imperio marroquí: La Kasba en la ciudad de Marruecos.

CRÓNICA GENERAL.



La Reina, el viaje del general Martínez Campos y el envío de tropas a la isla de Cuba han sido el objeto preferente de las conversaciones en el intermedio de esta y la anterior revista.

Como el sarampión es el más benigno de todos los males eruptivos, no inspiró alarma el estado de la Reina; y, en efecto, la fiebre no llegó nunca a temperatura que inspirase recelos, y la enfermedad siguió su curso moderado, pasando pronto al estado de convalecencia. Lo más desagradable para la Reina ha debido ser la precaución de incomunicarse con sus hijos, por lo procreta que es la infancia a esa erupción, que por caso anómalo invadió a la persona Real que parecía menos expuesta a padecerla. Acaso la adquirió visitando algún asilo, si es que no fué transmitida por contagio en el lavado y planchado de la ropa, pues parece que el hijo de la lavandera de la familia Real sufrió un ataque de sarampión poco antes de sentirse inispuesta S. M. Afortunadamente pasó todo peligro, y se tomaron a tiempo las medidas convenientes para evitar que pudiera transmitirse la enfermedad al Rey y sus hermanas.

La recepción afectuosa hecha en Viena al general Martínez Campos, al representar a S. M. en los funerales del archiduque Alberto, era esperada y natural; pero la acogida que se le hizo en París, don le no tenía representación oficial, ni era sino un viajero de alta categoría, tiene, por lo voluntaria, una significación de las más gratas para España. Los noticieros de la prensa francesa interrogaron al cau lillo español, y de las respuestas que éste dió, las más interesantes para nosotros son las que se refieren a las pautas insurrectas que han aparecido en las inmediaciones de Bayamo, a que da poca importancia.

Sea cierto ó no su pronóstico, el Gobierno no se ha descuidado un solo instante: se han movilizado y dispuesto en pocos días los refuerzos más urgentes para el ejército de Cuba, y se han arbitrado los recursos para atender a este servicio: hasta la cuestión mercantil de aumento de las tarifas de ferrocarriles se ha suavizado, renunciando patrióticamente la Compañía del Norte a la suspensión de las rebajas que regían hace poco y que vuelven a estar en vigor. Se ha presentado a las Cortes un proyecto para castigar la propaganda separatista, y la actitud del Parlamento, la del Gobierno, la prensa y el espíritu público demuestran que es unánime la decisión de cortar el mal en su origen, y no permitir que sufra nuevamente la provincia española de Cuba los terribles males de la guerra. Jamás levantamiento insurrecto fué más extemporáneo y menos esperado: todavía resonaban en el Ateneo de Madrid los aplausos con que acogió aquella selecta sociedad a los oradores cubanos: acababa el cable de transmitir desde la Habana a la prensa de Madrid la noticia de haberse recibido allí con júbilo las reformas, cuando nos sorprendió el triste telegrama de haberse proclamado el estado de sitio, y de verse el Gobierno general de Cuba en la dura necesidad de reprimir a los revoltosos que atentaban contra la patria.

El domingo, 3 de Marzo, leyó su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua el Marqués de Pidal. El estrado parecía un asena de oro: el Presidente, con uniforme de capitán general; a su derecha el Sr. Cánovas con una banda extranjera sobre su uniforme; y a su lado, con el de la Academia, el secretario de la misma, Sr. Tamayo y Baus; a la izquierda del Presidente el Obispo de Sión, P. Cardona, con su gran capa morada, y tenía a su inmediación al censor de la Academia, el ex ministro Sr. Nuñez de Arce: reducían los bordados y las placas en las mangas y pechos de los académicos que ocupaban los sillones; y al ver aquel lujo oficial en que resultaba molesto el traje de etiqueta, aun brillando las medallas sobre la almohadada pechera, la decoración resultaba espléndida con tantos colores y dorados, y daba alta idea de la plana mayor de las letras y de la coincidencia del talento literario con las primeras categorías del Estado. No era aquella la modesta y necesitada república de las letras, sino la corte del dios Apolo, con galas a la moderna, en la cual no dejarían entrar los porteros vestidos de frac a ningún escritor mal trajeado.

El Sr. Marqués de Pidal ocupó la silla de los neófitos, de gran uniforme, y a su frente se sentó el Sr. Menéndez y Pelayo, de frac y guante negro. El discurso del recién llegado versó acerca del drama histórico en nuestro teatro; y como el asunto es tan extenso y la brevedad del escrito no permitía muchas investigaciones, hubo de limitarse a esbozarlo a grandes rasgos, a partir de Juan de la Cueva, a quien juzga que debería tenerse por el fundador de nuestro

drama histórico nacional, así como a Guillén de Castro por padre del drama histórico caballeresco, por su primera parte de *Las Mocedades del Cid*, y nosotros añadiríamos que también por la segunda, donde llega el autor al más alto grado del interés y la emoción, en las épicas escenas del combate, no sobrepajadas, a nuestro sentir, por nadie en nuestro teatro. Cervantes con su *Nuñanca*; el canónigo Tarrega; Miguel Sánchez, a quien, con permiso de Cervantes y del Marqués de Pidal, no nos explicamos se apellidase *el Divino*, siendo humanos Guillén de Castro, Tarrega y Gaspar de Aguilar, son citados en el discurso, que se detiene forzosamente en Lope de Vega, el cual, por su abundancia, tiene que dar al drama histórico, como a cualquier otro género de comedia, la mayor suma de materiales en su asombrosa fecundidad, pues convirtió en comedias toda la historia sagrada y la profana, y la leyenda. Divide la obra histórica de Lope en tres grandes ciclos: el épico ó primitivo, el feudal y el moderno; fijase en la figura de D. Pedro *el Cruel*, tratada por Lope de Vega, notando que le atribuye cualidades que nunca poseyó. ¿Quién sabe? Los que no nos llamamos de López de Ayala, y los que nos sentimos envueltos en un sentimiento tradicional que viene de muy lejos, y en la repugnancia hacia la usurpación y el fratricidio, creemos que hay algo en la superstición popular que no consiente en el teatro ultrajar la memoria de la víctima de Montiel: a nuestro juicio, la novela mayor que encontramos en la presentación de D. Pedro en el teatro se ve en *La Niña de plata*, donde Lope nos la presenta como un hermano cariñoso de D. Enrique; y por cierto que en esa comedia el gracioso improvisa el célebre soneto que empieza:

Un soneto me manda hacer Violante...

No podía prescindir de estudiar al profundo y humano Tirso de Molina y al grandilocuente Calderón, los otros dos reyes del teatro nacional: ni a los dioses menores, hasta pasar rápida revista al teatro romántico, hasta los dramas históricos *La rica hembra* y *Locura de amor*, que, según el Marqués de Pidal, están relegados de la escena por falta de actrices que puedan representar estas figuras, en lo cual creemos que se equivoca, pues *Locura de amor* se representa, si no en el teatro principal, en otros secundarios. En resumen: el discurso del Sr. Marqués de Pidal tiene interés y demuestra lectura de nuestro teatro, que está pidiendo a su autor convertida en libro, y libro utilísimo, lo que ha apuntado rápidamente en su discurso.

Ninguno como el Sr. Menéndez y Pelayo podía aumentar noticias y datos al trabajo del Marqués de Pidal; ha respetado, sin embargo, esta obra de erudición, dedicándose en su respuesta a exponer la índole del drama y novela históricos, y a defenderles de sus contradictores. Los trabajos de este maestro son siempre luminosos, y se leen con la confianza de estar basados en una colosal información de los asuntos que trata. Mucho nos hemos alegrado de que sostenga la legitimidad del drama histórico, género tan bueno como todos los demás, y que sólo exige diversa preparación en quien lo cultiva, y, más diremos, en quien hace la crítica de las obras literarias; dificultad que quisieran allanar algunos proscribiendo el género más noble, y mandando interrumpir la serie gloriosa de nuestra literatura histórica, que, según el Sr. Menéndez y Pelayo, no tiene equivalente por su extensión y bizarria en ninguna literatura conocida.

Una comisión del comercio de Madrid, presidida por don Andrés Melado, pretende la traslación de la feria de Septiembre al mes de Mayo. ¿No se podrían conciliar todos los intereses permitiendo que haya dos ferias anuales? Ya se ensayó la variación durante dos ó tres años, instalándose en el Prado, y por fin se abandonó, por no responder el comercio al llamamiento. En cambio, las fiestas iniciadas por el Sr. Melado, siendo alcalde, en el mes de Mayo estuvieron muy lucidas, y llamó mucho la atención la cabalgata nocturna que organizó Bernardo Rico en la Florida, así como otras diversiones y espectáculos que dieron entonces animación y provecho a la villa y su comercio. Queremos decir, por lo tanto, que no hay necesidad de matar la feria de Septiembre para que luzca y brille la de Mayo. Aquella tiene el prestigio de la tradición y la ventaja de efectuarse cuando el labrador ha recogido su cosecha, y además la de haber resistido a todas las tentativas hechas para destruirla. ¿No podría tanto la una como la otra instalarse en las nuevas, anchas y ya pobladas vías de las calles de Génova, Sagasta y Paseo de Santa Engracia, que tienen anchas aceras, arbolado, tranvías y todos los requisitos para servir a la vez de feria y de paseo? El sitio en que se colocan las ferias influye mucho en su buen éxito ó su abandono por el público, y las citadas vías son hoy un centro hermoso, concurrido y habitado por familias muy pudientes. A nuestro juicio, nada se perdería con probarlo.

Y ya que nos ocupamos de asuntos municipales, sepan todos los nacidos que la calle de Panaderos ha sido bautizada de nuevo, tomando el título de calle de D. Andrés Borrego. No sabemos que entre el distinguido periodista y la citada calle haya ninguna relación, y nos hubiera parecido más oportuno, si el Ayuntamiento quería honrar la memoria del Sr. Borrego, una lápida en la fachada de la casa donde murió, que al fin sería un dato para la historia local, mientras la variación de título de la calle de Panaderos es injustificada y caprichosa. El Dr. Tebussem y algún otro escritor, y el que esto firma, hemos demostrado los inconvenientes de variar el título de las calles, que responde sólo al deseo de borrar la historia íntima y los recuerdos de la villa; y como si esta confusión no fuera bastante, la repetición de nombres propios, entre los cuales hay muchos que serán completamente desconocidos dentro de algún tiempo, es la más ocasionada a equivocaciones. El título de las calles sólo sirve y se destina para fijar bien su situación: cuando son muchas; como en una capital de reino, deben tener la condición de que se graben bien en la memoria y distingan las unas de las otras; y cuesta tanto trabajo acostumbrar al pueblo a olvidar los nombres que ha aprendido y diferenciar entre sí los que son

meros apellidos, que a cada variación de éstas perdemos la idea del plano de Madrid. Y es tan rutinaria y viciosa la manía de rendir tributos fáciles colocando en los azulejos los nombres de personas vivas ó muertas que suenan bien a un señor concejal, que dentro de poco la lista de las calles de Madrid será la de un diccionario biográfico, si Dios no lo remedia y no se pone coto al abuso con una disposición que declare permanentes los nombres actuales de las calles y plazas de Madrid.

Con el título de *El foco eléctrico*, ha publicado una obrita interesante y llena de grabados el joven é ilustrado redactor de *La Correspondencia* D. José Muñoz y Escámez, que tiene por objeto servir de recreo a la infancia y darla nociones útiles de algunas ciencias, por medio de una fábula sencilla, que consiste en las aventuras de cuatro hermanitos perdidos en un globo y llevados por éste a una isla de Oceanía habitada por salvajes. Como la obra tiene la aprobación de la autoridad eclesiástica, puede darse a leer sin inconveniente a los muchachos por los padres más escrupulosos en la elección de las primeras lecturas de sus hijos.

El Sr. Marqués de Pidal tiene voz regular, y sin embargo no se entendía ni una palabra de su discurso en mitad del salón de la Academia de la Lengua. Es, pues, un salón de lectura donde la voz se pierde. Y puesto que es inútil la voz para leer los discursos, claro es que no hay inconveniente en que ingrese un mudo en la Academia de la Lengua.

Señor Director de la Academia Española, se impone esta reforma en las recepciones académicas:

Ó entregar bocinas a los lectores, ó trompetillas a los oyentes.

Un médico nuevo entra en su casa lleno de júbilo, y da un abrazo a su madre.

—¿Qué te pasa, hijo?

—Que me he estrenado ya.

—¿Cómo! ¿Tienes ya un enfermo?

—Sí, madre.

—Ten cuidado, hijo; las personas no son como aquellos muñecos que describías de niño, para ver lo que tenían dentro.

—¿Eso hacia yo? ¿Qué coincidencia! El enfermo tiene un tumor, y mañana le abro el vientre.

—¿Es verdad, Marquesa, que los primeros amores no se olvidan nunca?

—¿Por qué habla usted en plural? ¿Cree usted que empecé queriendo a varios?

—De ninguna manera: eso sólo se llega a hacer andando el tiempo. Pero el primer amor es el más reñido: se interrumpe y reanuda: es querer a uno solo varias veces.

—Pregúnteselo a otras: a mí, en amor, los últimos me parecen siempre los primeros.

—¿Por qué no se tiñe usted el pelo?—me pregunta el peluquero.

—¿Puede usted teñírmelo de blanco?

—¿Para envejecer más?

—Al contrario: si me lo tiño de negro, conocerán el engaño: tiñéndome de blanco, me pueden tomar algunas por albino.

JOSÉ FERNÁNDEZ BREMÓN.

NUESTROS GRABADOS.

INSURRECCIÓN EN CUBA.

Lo de siempre.—El general de división D. José Lachambre.—Martí.—Máximo Gómez.—José Antonio Maceo.—*Guillermo*.—Juan Gualberto Gómez.

¿Otra guerra! Parece que desde que se dió por seguro que España había de vivir en paz largos años, los sucesos se han propuesto probar la grandísima ligereza de los autores de tales seguridades. En paz vivíamos, y aunque no estábamos preparados para la guerra, esta falta de preparación era hija del descuido, no de la doctrina de ser aquella tan improbable que podía considerarse imposible. Desde que esta doctrina tomó asiento en el Gobierno, aunque sólo hace de ello dos años y medio, llevamos dos guerras: una en Marruecos, otra ahora en Cuba.

No tuvo aquella importancia militar. Tuvola como aviso de las desgracias que pueden sufrir los descuidados. No creemos que llegue a tenerla ésta; pero sospechamos que el segundo aviso ha de ser más fuerte y ha de costarnos más que el primero. ¿Nos dejará advertidos? Tememos que no, y que el aviso tercero sea tal, que nos quede de él honda huella y nos duela muchos años.

El descuido que vamos a pagar es mayor, por imposible que parezca, que el que pagamos el año pasado. Después de acabada la sangrienta guerra del 68 al 78, nadie debió olvidar la probabilidad de que se intentara repetirla; y por sí había alguien tan falto de meollo que cayese en semejante olvido, la Providencia se encargó de sacarle de él con la guerra *chiquita* del 79, los siguientes intentos y la plaga permanente llamada bandolerismo. ¿Cómo después de esto no está perfectamente estudiado el principal teatro de la primera campaña? ¿Cómo no tenemos un buen ejército ultramarino de soldados aclimatados, dirigidos por jefes y oficiales especialmente preparados para el caso? ¿Cómo no han quedado abiertos los caminos estratégicos que se hicieron á costa de tanto esfuerzo y de tanta sangre, veinte años ha, y por qué no se han abierto otros nuevos? ¿Cómo no hay en la hermosísima y olvidada Sierra Maestra parajes preparados para la aclimatación de tropas? ¿Cómo no tenemos en Puerto Rico media docena de regimientos dispuestos siempre á